

ENRIQUE SYMNS

EL SEÑOR DE LOS VENENOS

(PRIMER CAPÍTULO)

1era Edición

Buenos Aires

EDITORIAL El Cuendo de Plata, 2004

INTRODUCCIÓN

El hombre del sótano (Río de Janeiro, 1987)

Conocí a Tostao en una diminuta oficina transformada en celda gracias a la servicial colaboración de los propios guardianes, en la cárcel de Niteroi, en el estado de Guanabara, Brasil.

Fue en el año 1987. Me atraparon en la terminal de buses, en uno de esos típicos controles de pasajeros que realiza habitualmente la policía rodoviaria de los brasileños. Mis datos personales aparecieron de inmediato manchados con una causa pendiente por tráfico de drogas y una orden de captura como imputado no procesado en la que quedé involucrado por pura charlatanería de testigos a quienes los polis, a trompadas, sacaron una confesión falsa.¹

Dos años antes, durante el transcurso de uno de los recitales de rock más alucinantes que tuve oportunidad de ver en mi vida, el "Rock in Rio" de 1985, había conocido a Elisse, una marroquí que me flechó sin remedio. Ella era correo oficial de la embajada de Francia, así que a medida que nos fuimos involucrando aprovechábamos aquella condición diplomática para cruzar desde Río a Buenos Aires una cantidad razonable de maravilla blanca. Sin embargo, en una requisita por sorteo, la atraparon en el aeropuerto del Gaviao. La encantadora franco-marroquí fue condenada a siete años de prisión. La embajada peleó por ella, y consiguió un régimen de cárcel semidomiciliaria: desde las siete de la mañana hasta las siete de la tarde en su hogar y por las noches en la celda.

Ese polvo que ella cruzaba, en realidad, se lo vendíamos a nuestra propia nariz y, aprovechando aquella energía, nos dedicábamos a chupar nuestros mutuos sexos durante todo el fin de semana, tomando champagne y contándonos nuestras vidas en los intermedios. Yo estaba completamente convertido en un adicto al estilo de Elisse para

arrancar mis orgasmos uno tras otro como si fuera un bebé hambriento. La cocaína consumida durante varios días sin dormir ni comer produce una potenciación orgásmica alucinante: mi récord ha sido 14 o 15 eyaculaciones, durante una larga jornada de dos días con sus noches. Ella tenía una boca pequeña como un ano, pero en cuanto empezaba a mamar se dilataba a extremos increíbles.

Pues bien, dos años después volví a Brasil de paseo, escapando de la revista *Cerdos y Peces* y de una crisis romántica, y me atraparon.

A esa altura de mi experiencia, las cárceles ya no me producían tanto pánico. Quince años antes, en pleno verano carioca, había estado preso en la delegación de Leblón, en una de las experiencias más potentes de hacinamiento y promiscuidad casi medieval que pueda conocer un hombre en el siglo XX.

Éramos más de 50 tipos encerrados en un pabellón no más amplio que el comedor de una casa; y no todos de la misma especie: había 9 o 10 blanquitos, contándome a mí y al peruano que estaba conmigo, mientras el resto de la masa humana eran esas panteras con cara de persona que son los negros brasileños. Hago esa diferencia con todo desprecio hacia los blancos: las panteras siempre son más bellas y poderosas que los ángeles abstractos.

Para dormir se acordaban turnos: la mitad de la gente permanecía parada hasta las tres de la madrugada mientras el resto se acostaba. A esa hora se invertían las posiciones. Durante la noche te cogían, te torturaban o si tenías suerte te dejaban en paz. Eso dependía muchas veces de la relación que mantenías con el *sherife*, el capo de la celda. Yo había logrado ocultar un billete de cien dólares dentro de mi culo y eso nos permitió a mí y al colega peruano convertirnos en sus protegidos. El *sherife* suele ser el tipo más perverso, pero también el único de los malandras encarcelados que ha cultivado cierta prudencia en su conducta y una congelada amabilidad en el trato. El *sherife* administra todos los bienes de los reclusos, y los reparte proporcionalmente. De un atado de cigarrillos, por ejemplo, cinco son para él, tres para sus dos secuaces matones y el resto para la comunidad. Mi billete de cien dólares alimentó durante dos semanas a la mayoría de los habitantes de ese infierno. Un *sherife* inteligente puede ser ministro de economía de Brasil.

Mi pequeño cuarto en aquel horripilante hotel estaba ubicado en un ángulo de la celda, junto a un ventanal con rejas por donde nos llegaba el bendito aire del patio. Dormía adosado como una estampilla al enorme corpachón del *sherife*. Gozaba de todo el confort posible: el aire puro que se colaba por las rejas y atravesaba el poderoso olor a catanga que te penetraba por la nariz como una manada de arañas venenosas; tenía mis tres cigarrillos

diarios, mi tazón de arroz con feijón y fideos con dos tragos de gaseosa, y hasta un poco de café que se compraba todas las mañanas a precio de oro. A la siesta, cuando la temperatura alcanzaba su máxima, había que respirar como si jugaras al ajedrez para no sofocarte. Los *cobanis*, con potentes mangueras, echaban chorros de agua a través de las rejas, que te refrescaban pero también te lastimaban. Los polis no lo hacían por bondad: el olor era tan hediondo que llegaba hasta la oficina del Delegado. Cada tanto algún preso asfixiado era sacado de la celda, y ese precioso espacio conquistado gracias al desmayo de un infeliz nos daba alegría. Durante un rato, todos compartíamos la ilusión de que el aire mejoraba y el espacio crecía. Durante la noche el lugar era un concierto de ronquidos, pedos, quejidos de algún blanco obligado a succionar media docena de vergas y, por sobre todo, el sonido de fondo de la mierda y el orín cayendo en el agujero cavado sobre el piso en el fondo de la celda y apenas separado del resto por un maltrecho tabique de cartón. Es parecido al ruido de la lluvia en una tormenta, golpeando sin ritmo en las tejas de tu chalet en Zona Norte. Cincuenta o sesenta tipos cagan y mean con tal constancia que prácticamente el baño permanece ocupado durante toda la jornada.

Después de pasar por ese infierno, me consideraba un tipo más duro. El problema no es el miedo, lo grave es esa flaccidez emocional que se genera cuando no dominas la adrenalina.

En 1987, mientras me bajaban del micro, me esposaban y me empujaban hacia la furgoneta que me llevaría a la cárcel de Niteroi, volví a sentir el maldito escaldamiento del alma: una profunda y peligrosa caída en la depresión que no te podes permitir. Es como un ascensor vertiginoso que baja y sube a gran velocidad desde la garganta hasta el estómago, transportando terror.²

No hay que manifestar ese miedo. El olor te delata, pero conviene no llorar ni quejarse. Es mejor charlar con los *cobanis* que te trasladan de pabellón en pabellón, hablando de boludeces, mientras vas escuchando detrás el sonido de las cerraduras que te aleja del mundo cada vez más (la primera vez que fui a la cárcel, en la penitenciaría de Villa Devoto, llegué a contar trece rejas que se cerraron a mis espaldas mientras me conducían a mi nuevo hogar en la cloaca del mundo).

En Niteroi le hice una oferta económica al jefe del pabellón, y gracias a ello me acondicionaron una pequeña y abandonada oficina llena de baratijas y arañas, pero que de todas maneras resultaba un salón VIP en comparación con el resto de las instalaciones. Debía permanecer allí hasta que Vera Land, en Buenos Aires, consiguiera juntar el dinero que había ofrecido para conseguir mi libertad.

Disponíamos de una pequeña alacena y de un calentador para cocinar, y la puerta permanecía abierta durante el día para ir a cagar, mear o hacernos la paja en el baño de los oficiales. Mi compañero de cautiverio había nacido en Mariana, un pueblito perdido en el estado de Minas Gerais, y se hacía llamar Tostao por un vago parecido con el magnífico jugador de la selección brasileña que sólo él percibía. Creo que nunca me dijo su verdadero nombre. Por pura coincidencia, quedamos en libertad al mismo tiempo en aquella primavera de 1987, y durante días trotamos juntos por la ciudad.

Por inercia y desamparo, me quedé a vivir un infinito par de semanas entre los hábitos vertiginosos de Tostao. Nos la pasábamos viajando en tren de una población a otra, comprando bolas de anfetamina para revender, robando carteras y metiendo mano en lo ajeno a cada rato; además, Tostao le metía mano a las púberes. Había estado preso por un confuso intento de violación, y viajando a Campo Grande lo vi en acción. El tren iba colmado hasta el techo, y él le puso el ojo a una morenita flacucha y bonita de unos 12 años, que viajaba desde el interior de San Pablo con su madre y su abuela.

Compré un sandwich y convidó a la nena. Las señoras sonrieron agradecidas, y mientras conversaban observé cómo Tostao con total impunidad metía su mano bajo la calza de la niña, e introducía uno de sus afilados dedos en el interior de su trasero. Ella pegó un respingo, pero de inmediato pareció adaptarse a la violación, ya que siguió comiendo mientras Tostao acomodaba su mano y permanecía en su interior hasta la estación de Poa donde descendimos.

Después de ese episodio, Tostao me confesó su temible prontuario de violaciones. Aunque parecía mucho mayor, tenía 29 años y había comenzado a violar niñas pequeñas una década atrás. Cuando aspiraba pegamento, o mejor aún, cuando conseguíamos un frasco de cloruro de etilo, el champagne de los aspiradores, me narraba minuciosamente aquellos episodios saboreándolos en la memoria y, sobre todo, intentando transmitirme el deseo y contagiarme el hábito. Mi reacción era contradictoria; me apasionaba escuchar sus relatos, y al mismo tiempo me aterraba involucrarme en ellos, como si por el solo hecho de escucharlos me convirtiera en partícipe. Tostao había atacado a una docena de chiquillas en el término de un mes, siguiendo un recorrido aleatorio por el barrio de Botafogo en Río de Janeiro. Se inició como depredador atacando a una turista francesa de ocho o nueve años, a quien levantó en las escaleras del edificio donde pasaba sus vacaciones y arrastró hasta la caja del ascensor. Le hizo el trabajo completo. La sometió con violencia por la vagina y el ano, y después se dedicó durante un buen rato a enseñarle las artes de la mamada. En las siguientes semanas, como un tigre cebado, atacó a varias colegialas y fue mejorando su

técnica para elegir los sitios donde llevar a las víctimas y mantenerlas más tiempo en su poder. Me confesó que su primera violación la cometió a los 14 años, en el sótano de la panadería de San Pablo donde pasó casi toda su infancia. Los portugueses dueños de la panadería lo habían traído engañado del campo a los seis años, con falsas promesas de costearle los estudios. Apenas si aprendió a leer y escribir, y enseguida lo sacaron de la escuela. En realidad, lo esclavizaron al trabajo y su vida se transformó en una rutina carcelaria. Se levantaba a las 5 para trabajar en la cuadra, y al caer el sol lo encerraban en el sótano. El niño soportó la esclavitud hasta que, poco después de cumplir los 14, arrastró al sótano a la hija menor de los portugueses, una linda y robusta muchachita de 10 años. Según parece consiguió mantenerla allí abajo encerrada durante un largo fin de semana, hasta que el secuestro fue descubierto. El sometimiento de Silviña, la pequeña hija de sus captores, fue planeado con minuciosidad, y Tostao había estado anotando en un cuaderno todos los procedimientos y rarezas sexuales que quería experimentar con su víctima. Una de sus mayores hazañas consistió en obligar a la niña a embadurnar su pene con sus propias heces y chuparlas. Fue una venganza, pero Tostao también descubrió el goce supremo que le deparó aquella múltiple y pesadillesca violación.

-Antes de irme embora eu escrebí o número 30 en sua cara, o número 15 en seu bunda y o 20 encima da buceta -dijo Tostao, riendo como un chiquillo que recuerda una travesura.

-¿Qué coisa era eso?

-Para que elos, os pais, supieran as veces que usé seu corpo...

El recuerdo de aquel sótano donde permaneció durante casi toda su infancia era como un atardecer invernal cayendo sobre el rostro de Tostao. Su cara se cubría de una antigua sombra, y las emanaciones del cloruro de etilo que a veces me alcanzaban convertían mis ojos en cuchillos que penetraban la carne de aquella máscara; yo creía vislumbrar la tristeza y la decepción de un hermoso niño atrapado en la jaula de unos depredadores.

-Vocé teim que probar ese prato -me escupía en la cara Tostao, refiriéndose al sometimiento de las niñas-. Es o máis gostoso que teim...

Era además un experto ladrón: domicilio, negocio, estadio o bar por el que pasaba sacaba su tajada. Cuando salíamos de ronda nocturna, Tostao caminaba por las calles como una máquina destructora. No sólo robaba: rompía todo lo que encontraba a su paso. Le daba igual quebrar la rama de un árbol o los vasos y botellas olvidados por el garzón sobre una mesa callejera del bar; escupir en la bebida de los parroquianos o depositar sus mucosidades sobre el vestido elegante de alguna transeúnte descuidada. Ése era el gran

placer de su vida: hacer daño, sabotear, arruinar la pequeña alegría que sostiene el día a día de sus malditos semejantes. En la iglesia evangélica donde generosamente lo amparaban dándole techo y comida, cuando entraba en sus frenesíes depredadores defecaba en los rincones oscuros del templo o generaba cortocircuitos dentro de los enormes parlantes que se usaban para convocar a los feligreses. Su acto preferido era orinar en los enormes botellones de jugo de naranja que el cura preparaba para apagar la sed de sus fieles, o colocar pequeños trocitos de su propia mierda dentro de los emparedados de *presunto y queijo*.

En su rostro yo veía reflejada la maldición sacerdotal que en algún lugar remoto pero preciso de su pasado lo obligó a humillar para siempre su esencia. Todos los de mi especie nos hemos encontrado alguna vez con aquellos que nos han humillado.

Lo menciono en plural porque formamos parte de una clase perfectamente identificable. Somos una etnia secreta, una raza original, un modelo genético: somos los depredadores, los que atravesamos historias y ciudades, amores y amistades, disfrazados de alguien que ni siquiera sabemos quién es. Es un disfraz tan perfectamente diseñado que te oculta hasta de tu propia mirada. Estamos acicateados por el cuchillo de la supervivencia. No sabemos trabajar, ni estudiar, ni aprender, ni ser amigos de nadie, y hasta nos resulta insoportable el trabajo de existir. Sólo sabemos persistir.

Tostao es el ejemplar más notable, el que quizá nos represente más bestialmente a todos, el que llevaba en su expresión el mejor dibujo, el más perfecto identikit de aquella presencia sacerdotal nefasta que en su infancia distorsionó su alma para siempre.³

Reconozco la casta de los desalmados porque uno de ellos me hizo bajar la cabeza cuando intenté dar un examen en la universidad, a los 17 años. Yo ni siquiera había terminado el secundario, pero leía y estaba muy informado. Así que un experto me falsificó un título, y con ese papel trucho me inscribí en la facultad de psicología de El Salvador. La usurpación funcionó durante casi un año, y hasta provoqué la admiración de algunos profesores por la habilidad para armar mi discurso. Leía tres páginas de *El ser y la nada* de Sartre y de inmediato me convertía en un experto en existencialismo. Leía poemas de Maiacovsky, los distorsionaba un poco, y luego los recitaba de memoria escupiendo saliva sobre la oreja de una pecosa tetona. Era un farsante con una capacidad innata que atravesaba todas mis actividades: la velocidad combinatoria mnemónica.

Hasta que un funcionario me descubrió. Fue una de las grandes humillaciones de mi vida. Lloré, le rogué que no me denunciara, le enumeré la serie de catástrofes a las que me

exponía y que efectivamente sucedieron. Inconmovible, con la mirada cruel de ese mandril que alguna vez, en un punto remoto de la historia, se apropió del poder, el señor Hugo Sola escuchó atentamente mi descargo, disfrutando de mis futuros infortunios: "Te la buscaste", me refutaban sus gestos. Durante casi diez años tuve la fantasía de matarlo.

La vida es misteriosa. Cuando después de 20 años ya me había olvidado por completo de esa experiencia nefasta, participé de un debate sobre la locura realizado por el Ministerio de Salud Pública en el Teatro San Martín. Los panelistas eran el ministro de Salud, el legendario psicólogo Alfredo Moffat, el terapeuta Hugo Sola y el periodista Enrique Symns. Esos debates eran tremendamente aburridos, y los organizadores me invitaban especialmente para que les pusiera una cuota de caos. Cuando el ministro empezó su discurso, busqué mi Arturito⁴ en el bolsillo del saco y con la invulnerabilidad que me caracterizaba apunté el sifón hacia mi nariz. En ese momento vi los ojos de rata del hijo de puta que me expulsó de la universidad, y como si se me hubieran aflojado los esfínteres del alma me largué a llorar.